



El flautista de Hamelín

Había una vez un pequeño pueblo llamado Hamelín, situado en un hermoso valle entre montañas verdes y ríos transparentes. Sus habitantes eran hospitalarios, pero tenían un grave problema: las calles y las casas estaban llenas de ratas.

Los animales corrían por todas partes, se comían los alimentos, estropeaban la ropa y hacían ruido durante la noche. Los vecinos probaron toda clase de soluciones sin conseguir nada. Poco a poco empezaron a perder la esperanza.

Un día soleado llegó un desconocido. Era alto y delgado, llevaba una larga barba, un sombrero puntiagudo y una flauta colgada al costado. Se presentó en la plaza como el Flautista Mágico.

—He oído hablar de vuestro problema —anunció—. Puedo alejar a las ratas, pero a cambio necesitaré una recompensa justa.

Deseosos de encontrar una solución, los vecinos aceptaron.

—Líbranos de ellas y recibirás lo acordado —prometieron.

El flautista sonrió, levantó su instrumento y empezó a tocar una melodía encantadora. Conforme la música recorría las calles, las ratas



salían de sus escondites y lo seguían, como hipnotizadas.

El músico atravesó el pueblo y las condujo hasta un río cercano. Allí entraron en el agua y desaparecieron sin dejar rastro. Hamelín se llenó de alegría: ¡por fin se habían marchado!

Una promesa que no se cumple

Pero cuando el flautista regresó a reclamar su recompensa, los vecinos cambiaron de actitud.

—Ahora que las ratas ya no están, ¿por qué vamos a pagarte?
—preguntaron.

Decepcionado por la traición, el flautista les advirtió:

—Si no cumplís vuestra palabra, perderéis algo que queréis mucho.

Aquella noche, mientras el pueblo dormía, tocó una melodía distinta, suave y misteriosa. Los niños despertaron y salieron para seguirlo. El flautista los condujo hacia una montaña, lejos de las casas.

Al amanecer, los adultos descubrieron con horror que los pequeños no estaban. Corrieron de un lado a otro y buscaron por todas partes, pero no lograron encontrarlos.

Mientras tanto, los niños caminaban tras el flautista por bosques encantados y campos llenos de flores. En esta versión del cuento llegaron a un mundo maravilloso, con animales que hablaban, árboles que cantaban y flores que bailaban.

Allí vivieron aventuras y escucharon al músico hablar del respeto a la naturaleza, de la amistad y de la importancia de cumplir las



promesas. Sin embargo, también empezaron a echar de menos a sus familias. Al verlos tristes, el flautista comprendió que debían volver.

El regreso a Hamelín

Los vecinos, arrepentidos, habían reunido la recompensa prometida. Se dirigieron a la montaña y encontraron al flautista junto a los niños.

Con lágrimas en los ojos, pidieron perdón y le entregaron lo que habían acordado. El músico aceptó sus disculpas y los pequeños regresaron con sus familias, que los abrazaron aliviadas.

Desde aquel día, los habitantes de Hamelín se esforzaron por cumplir su palabra. El flautista se marchó, pero el recuerdo de su música quedó en el pueblo.

Esta adaptación con final feliz nos invita a hablar de la honestidad y de las consecuencias de romper una promesa. Dar la palabra significa asumir una responsabilidad, y reconocer un error es el primer paso para repararlo.